



(1962) hasta *Doce cuentos peregrinos* (1992). Treinta años en el cultivo del cuento, a partir del clima del mundo macondiano y su incidencia en la salud de las personas, con “Esas mujeres atribuladas pero tenaces” (pág. 194) que ya había señalado Ernesto Volkening en sus pioneras y luminosas notas sobre estos cuentos. Para mostrar como “la serena parquedad” de los mismos referida a “gentes humildes en pueblos pequeños” deja atrás los lugares de su infancia, Aracataca y Sucre, y terminan por llevar a Macondo a Europa, en un peregrinaje que comprende Barcelona, Ginebra, Roma y París, como señala Isabel Rodríguez Vergara, donde el autor solo termina por hacer primar el exclusivo placer de la escritura, lejana de la remembranza imposible pero asombrosa en la invención pura.

Pero la vuelta que da esta travesía por el mundo del Caribe y sus sociedades criollas, abiertas al mundo, que en pensadores-creadores como Antonio Benítez Rojo y Édouard Glissant han razonado con pertinencia, en esa “sopa de signos”, en esa “poética de lo diverso”, como marca con acierto Héctor Hoyos, dan uno de los tonos más auténticos de la obra de García Márquez, en la que el fatalismo no determinista se libera de restricciones para alcanzar la plena libertad imaginativa. La de quienes ascienden al cielo y arrastran consigo todos los cachivaches de la cotidianidad opresiva. Los mismos que lastran, luego, al ángel caído, usado como curiosidad turística en “Un señor muy viejo con unas alas enormes”.

En el caso de Álvaro Mutis, Mario Barrero Fajardo señala como el

reaccionario monárquico que se proclama Mutis “un *chouan* perdido en el siglo XX”, ve mejor que progresistas de izquierda esa historia de Colombia y de un proyecto degradado, en el que el asesinato de Antonio José de Sucre por culpa de Obando, como acusa con rabia Bolívar, hunde aún más esa “república descuartizada”. Hemos pasado así del cuento regional al cuento cosmopolita y universal, en el cual la ambigüedad termina por desenmascarar el episodio censurado; la corrección aparente de las familias, como apunta desde su título el libro de Marvel Moreno, *Algo tan feo en la vida de una señora bien* (1980), que estudió Lucía Garavito, en su relación con la sociedad de club y carnaval que se ofrece en Barranquilla, al mostrar en público a las mujeres maquilladas para luego golpearlas en el aparente espacio sagrado del hogar. En todo caso desplazamientos, disfraces y mentiras interesadas marginan y humillan, mientras la literatura escenifica y hace surgir el revés de la trama. En el Cali de Fernando Cruz Kronfly, cuya madre árabe de origen sirio arribó con su familia al Valle en 1926, a los trece años, la nostalgia es la que rige su escritura. La expulsión del paraíso y el exilio de la tierra prometida y en dolores y crisis para volver a ese imposible hiere a su prosa, nunca ajena a la música, la poesía y la reflexión actual que plantean sus varios libros de ensayos.

“Odiar es querer sin amar” dirá Andrés Caicedo cuyos cuentos de *Calicalabo* escritos entre 1969 y 1975 leerá Adolfo Caicedo con óptica lacaniana. Es decir, mostrando la errancia andariega de esos jóvenes que hablan y escriben su ciudad, con eje en la avenida 6ª y que al mundo solar o cromado de los almacenes Sears oponen un distorsionado espejo gótico de espectros y anomalías. Pero en violencia de cine y música *rock* también tiene su carga política de explosiones legendarias (7 de agosto de 1956) que nos hablan del trauma y la represión; de la mancha que enturbia y que terminará por disparar la imaginación hacia el nuevo útero maternal –la sala de cine– y la compensación de fantasear Cali como un inmenso estudio cinematográfico, Caliwood.

Otros narradores, tan valiosos como Luis Fayad, Tomás González,

Roberto Rubiano Vargas y Enrique Serrano se estudian también. Este último al recrear desde la España musulmana el idioma que aún empleamos y que llegó a nuestras costas como imposición y dominio y es ahora eficacia nominativa, sueño perdido que resurge y riquísima tradición que podemos usar a nuestro arbitrio como lo hace, por cierto, Serrano.

Cronistas como Arturo Alape (1938-2006) y Alfredo Molano (1944) enriquecen el libro en géneros y espacios geográficos, en atención al conflicto político y a los multitudinarios desplazamientos de los despojados de sus parcelas (aquellas de Adel López Gómez) y el secular y sangriento conflicto en el que la riqueza del narcotráfico retorna para encontrar su real justificación al adquirir haciendas, ganado y caballos de paso, en la admisión de que es mejor una tumba en Colombia que una celda en los Estados Unidos. Esto, y mucho más, es lo que este plural y multifacético libro nos propone, en regiones como Córdoba y Guajira, en sus pertinentes lecturas, muchas innovadoras, otras ahogadas en jerga y teoría, de ese género que parecía menor o secundario ante la poesía y la novela, pero que ahora devela toda su capacidad crítica y su profundidad humana.

Juan Gustavo Cobo Borda

Visita literaria al Perú

Viaje al Perú

JUAN CARLOS ORREGO
Universidad de Antioquia, Medellín,
2010, 125 págs.

UNA HORA larga de un vuelo solitario o una tarde de lectura en una hamaca es tiempo más que suficiente para leer *Viaje al Perú*, relato de viaje del antioqueño Juan Carlos Orrego, quien en esta obra regala a los lectores sus bien escritas observaciones de un viaje al país de los incas realizado en agosto de 2009 para complementar la investigación doctoral de su tesis en antropología. A pesar de ser este el motivo del viaje, la jerga científica

antropológica no caracteriza el libro ni lo antropológico es tema fundamental del texto. Es el sencillo relato de un observador interesado por lo literario, estilo que se encuentra en las dos secciones—Lima y Cusco— que contienen, cada una, aproximadamente veinte capítulos cortos. Demos una rápida visión a todo el texto, capítulo por capítulo.

Antes de saber que iría algún día al Perú, Orrego ya admiraba al vecino país gracias a su selección de fútbol, el glorioso equipo en el que brillaron estrellas del balompié inca como Juan Carlos Oblitas, César Cueto y Teófilo Cubillas. Igualmente, su interés por el Perú surgió cuando leyó el relato de Ciro Alegría “Calixto Garmendia”, cuya lectura le recomendó un tío como un consejo de esos que nunca se olvidan y que se agradecen de por vida porque abren el mundo y nos traen revelaciones. Ese relato lo recuerda Orrego como una visión del paisaje andino que en sus primeros ensayos como escritor le sirvió de inspiración y referencia literaria. Es lo que cuenta en “Una página recóndita”, la hoja en la que a manera de introducción refiere los motivos de su viaje y advierte que el tema es sencillamente dedicado a impresiones y observaciones de un viajero desprevenido. Luego comienza su relato con “Magdalena peruana”, en el que anota sus primeras impresiones de Lima y anécdotas de su llegada a la casa de un colega compatriota donde se alojó durante los días que pasó en la capital peruana, en el distrito limeño de Magdalena del Mar. “Mercado”, el capitulillo segundo de la primera parte, describe los laberintos del mercado popular del distrito de Magdalena del Mar, donde Orrego descubre la abundante y variada producción agrícola peruana que se ofrece para el consumo de los limeños. En “La ciudad y los perros” encontramos los primeros apuntes y comentarios sobre literatura peruana, colombiana y latinoamericana que nutren todo este relato de viajes; en este aparte hace una reseña literaria de la obra homónima de Mario Vargas Llosa mientras cuenta de su visita a lugares de Lima que aparecen como escenarios en la novela: la rotonda de Bolognes, la avenida 9 de Diciembre, el parque de la Exposición. Para titular el siguiente

capítulo, el nombre de una compañía de buses sirve de inspiración: “Transportes Huáscar, S. A.”; en él se refiere Orrego a la historia de Atahualpa y Huáscar, hermanos de sangre incas que, ya conquistado su territorio por los españoles, mantenían un poder relativo que se disputaban a sangre y flecha. Diezmados en su lucha fratricida fueron dominados y ejecutados por los conquistadores españoles. Al autor le sorprende sarcásticamente la paradoja de que el nombre de mártires peruanos sirva de emblema a choferes lentos, famélicos y desvalidos. En “Los libros profundos”, una visita a la biblioteca de la Pontificia Universidad Católica del Perú, el autor vuelve a demostrar su profundo interés por la literatura peruana, por documentos de la época colonial y por “textos de todos los siglos y de todos los tamaños—algunos mordidos por polillas de la Ilustración—” (pág. 14), que despiertan su curiosidad intelectual que traduce en anotaciones sobre autores y obras literarias que le permiten llegar a conclusiones sobre la heterogeneidad cultural del Perú. Renglón aparte, la búsqueda y pesquisa por hallar *El padre Horán*, novela de Narciso Aréstegui, le permite dar un vistazo a los comercios populares de libros de segunda mano en el “Jirón Amazonas”, sector de Lima que da nombre a este capítulo. En el siguiente, el “Estadio Monumental de Ate” es descrito como una joya arquitectónica, a propósito de un partido de fútbol entre el Universitario de Lima y el Melgar, en donde el autor destaca la pasión de los



aficionados reflejada en los anuncios y vallas con que apoyan a sus equipos y que despliegan a lo largo de las tribunas. La detallada descripción de la tumba de “Francisco Pizarro”, en una capilla de la Basílica Catedral de Lima, permite a Juan Carlos Orrego escribir algunos apuntes sobre el fundador de la capital del Perú y sus conquistas en el sur de América.

“En el centro de la ufana Ciudad de los Reyes, en el cruce de los jirones Ancash y Lampa, se alzan la iglesia y el convento de San Francisco de Asís” (pág. 28). Con estas líneas empieza “Giudeca”, dedicado a los históricos socavones y catacumbas que guardan los restos de gentes que construyeron la historia del Perú desde el siglo XVII, laberinto de tumbas hoy convertido en museo de arte religioso que custodian y mantienen religiosos de la orden de los franciscanos. En “Desamparados”, la descripción de la Casa de la Literatura Peruana, vecina al Palacio de Gobierno, ocupado para la época del viaje por el presidente Alan García, es motivo de reflexiones sobre paradojas urbanas de los países subdesarrollados donde pueden verse edificios dedicados a la conservación y difusión de la literatura peruana custodiados por máquinas de guerra blindadas que, se pregunta el cronista, no se sabe si están ahí estacionadas para evitar que salga lo que hay adentro coleccionado o si cumplen la función de vigilar celosamente que no entren nuevas ideologías. A medida que la lectura del relato avanza, el autor revela que sus sencillas observaciones e impresiones de viaje son el trasfondo para comentar sobre temas, autores y obras de la literatura peruana. *Viaje al Perú* nos revela más al literato que al antropólogo o a un viajero desprevenido. “En predios del Virrey” nos muestra de nuevo el tema de libros y librerías con estanterías llenas que inspiran en el autor agudas notas sobre obras y escritores peruanos—José María Arguedas, Alonso Cueto, José María Eguren, admirados escritores modernistas de los textos de español de la secundaria de Juan Carlos Orrego— (pág. 34) y latinoamericanos como Jorge Luis Borges, cuyas *Obras completas* ve arrumadas entre libros de José María Vargas Vila, Pedro Badrán Padauí, Santiago Gamboa, Tomás González



y, claro, muchos libros de García Márquez. La visita a otra librería limeña, esta vez la de la Universidad Pontificia Católica del Perú, permite al viajero antioqueño plantear el problema que tiene la crítica literaria peruana para aceptar que uno de sus escritores vivos más leídos en la actualidad, Daniel Alarcón, escribe en inglés, dada su residencia en California, crítica que además debe aceptar que donde Daniel Alarcón más vende libros es en países de habla inglesa, los Estados Unidos y Europa. El fútbol vuelve a aparecer como tema central en “Taxi Driver”, en donde el autor narra su conversación con un taxista limeño, quien mientras lo llevaba de nuevo a la Pontificia le cuenta las razones, padecimientos y los remedios que tiene –como buen hinchista– para el éxito de la selección peruana, a esas alturas de las eliminatorias ya por fuera de alguna posibilidad de ir al campeonato mundial de Sudáfrica, a realizarse en el año 2010. La nueva visita a esa universidad da lugar a “Una tarde con Ciro Alegría”, un capítulo más del *Viaje al Perú* en el que el autor se refiere a la entrevista que tuvo con el filósofo peruano, con quien habló sobre la obra literaria de su padre, el escritor Ciro Alegría Bazán. “En el cementerio”, Orrego visita el histórico cementerio Presbítero Matías Maestro, cuya construcción fue ordenada por el prócer de la independencia José de San Martín a mediados del siglo XIX, con el propósito de ofrecer un lugar más acogedor para el descanso eterno de los limeños que el ofrecido por los franciscanos en

las catacumbas. Al autor le interesan los nombres inscritos en lápidas y mausoleos que anuncian la última morada de personajes que marcaron la historia política y literaria del Perú, entre quienes destaca a Felipe Pardo y Aliaga, dramaturgo peruano allí sepultado, la cripta de Ricardo Palma, el monumento a José Carlos Mariátegui y la tumba vertical de José Santos Chocano, poeta que pidió ser enterrado de pie, clavado como una cruz. Capítulo aparte merece la descripción de una tumba en “Muerte y vida de Abraham Valdelomar”, quien es para Orrego el más brillante prosista del modernismo peruano (pág. 51). En “Chifa” –como llaman en Perú a los restaurantes de comida china– el autor le muestra a los lectores de *Viaje al Perú* el barrio Chino de Lima, en pleno centro de la ciudad, caracterizado por sus pintorescas manifestaciones culturales expuestas en dibujos, pagodas, arcos y, también, en la variedad *gourmet* de las sopas, arroces y ensaladas orientales bañadas en deliciosas salsas agrídulces (pág. 55). “Museo” es un rápido vistazo al Museo de Arqueología, Antropología e Historia del Perú, tan breve que confirma la verdadera vocación del autor al escribir el relato de su viaje, pues confiesa sentirse hastiado por la ambigüedad de los mensajes e interpretaciones que se pueden dar a los numerosos objetos y documentos que guardan y conservan los museos. “El polizón del Pacífico” es un capítulo dedicado a la descripción urbanística del malecón que bordea un buen tramo de la costa limeña sobre el Pacífico; lleva por título el nombre de una novela cuya evocación se inspira en la contemplación de una estatua de John Lennon que ha sido levantada frente al mar de Lima. Entrar en la “Calle César Vallejo” hace sentir al autor en la mitad de un verso vanguardista mientras recuerda los poemas de Vallejo y transcribe ecos literarios que le llegan al evocar al gran poeta peruano. La primera parte de *Viaje al Perú* concluye con “Última noche”, capítulo breve en el que Orrego narra su última noche en Lima.

La segunda parte del libro es el relato del segundo trayecto del viaje de Juan Carlos Orrego por el Perú, cuando visita Cusco –antigua capital del más glorioso imperio americano– y

Machu Picchu. “La hora azul”, primer capítulo de esta sección, empieza con observaciones sobre el paisaje que se presenta al autor a través de la ventanilla del avión que lo lleva al distrito de Ayacucho, donde se levanta Machu Picchu, observaciones que derivan de nuevo en comentarios literarios –otra breve reseña– sobre *La hora azul*, novela de Alonso Cueto que Orrego califica como obra sublime de la literatura peruana. La infinita hora azul parece ser la única cosa benigna del mundo, según el autor, tanto así que “en lo que resta de este viaje a Cusco, no miraré más la piel verrugosa de la Tierra” (pág. 75). En “La ciudad del sol”, el viajero registra el contraste climático que sintió al dejar el sofocante calor de Lima para llegar a Cusco, lugar frío, gélido y glacial, de forma tal que su nariz “gotea con obstinación un humor transparente y liviano” (pág. 77). “Piedra Inca” es el capítulo en el cual se describe Cusco, “ombligo del mundo”, como la llamó Garcilaso de la Vega, descripción complementada con varios renglones en los que hace apuntes acerca de *Los ríos profundos*, “la novela capital de José María Arguedas” (pág. 80). En “Viacrucis” continúa Orrego su recorrido por Cusco. Se detiene en una cripta de la Catedral, de la que transcribe inscripciones que las losas innumerables de las lápidas le presentan y que le permiten saber que está frente a la tumba del inca Garcilaso de la Vega y, luego, ante la prisión donde fue encerrado, torturado y sentenciado a muerte José Gabriel Túpac Amaru (pág. 84). “Náuseas” es un capítulo donde el “soroche” que produce la altura en Cusco inspira apuntes sobre una novela del escritor limeño Iván Thays: *Un lugar llamado Oreja de Perro*, nombre también de una región peruana violenta y macabra, recordada por haber sido morada del grupo guerrillero Sendero Luminoso (pág. 88). En “Lugareños eruditos” se cuenta la experiencia de asistir a una conferencia en el Centro de Convenciones de Cusco sobre la obra y la memoria del inca Garcilaso de la Vega. A Orrego le interesa más escuchar los comentarios de los lugareños asistentes al conversatorio que las exposiciones eruditas de los conferencistas; encuentra entre el público asistente la visión del auténtico pueblo

peruano acerca de su cultura. El interés por el inca Garcilaso es tema también en “Casa cortesana”, el capítulo que sigue, donde se describe la fachada, los balcones, corredores y espacios de la que fuera morada del escritor cusqueño y relator de las tradiciones quechuas (pág. 95). Y como lo que es agradable para la lectura es literatura, en este caso podemos decir que *Viaje al Perú* forma parte de la literatura colombiana de viajes. “A sus plantas rendido un león” es el título de un libro peruano que da el nombre a este capítulo, en el que de nuevo Orrego recurre a su pasión literaria, movida esta vez por un empleado de hotel que se le asemeja a uno de los personajes del libro, es decir, un inca de pura cepa en pleno siglo XXI. “Corricancha”, recinto sagrado de los incas, trae descripciones arquitectónicas de muros y edificios gigantescos contruidos con inmensas piedras cuadradas que encajan perfecta y sólidamente, al punto que introducir una hoja de afeitar entre piedra y piedra es imposible (pág. 99). Vuelve con todo su ímpetu el talante literario de Orrego a hacerse presente en “Vargas Llosa sobre la mesa”, en la que la narración se acerca de nuevo al análisis literario, esta vez motivado por una cena en una pizzería cusqueña donde Orrego diserta con una joven limeña acerca de autores peruanos: Julio Ramón Ribeyro, José Carlos Mariátegui y, de sobremesa, Mario Vargas Llosa. En “Mucho más que artesanías”, se refiere el autor a su visita al pasadizo del comercio artesanal de Cusco, que se abre en amplios corredores colmados de mercancías: tejidos, ponchos, sacos, bolsos, chompas, manteles... un mercado persa en Cusco, donde lo artesanal se entreteje en los exhibidores con productos *made in Taiwan* y *made in USA*, es decir, artesanías globalizadas e industrializadas (pág. 107). “Saqsayhuaman” trae nuevas descripciones arquitectónicas de Cusco, esta vez referidas a la sobrecogedora solidez que demuestran tener las enormes paredes de la Ciudad del Sol, fortificadas al encajar perfectamente los que parecen gigantescos cubos tallados en piedra. En “Cienciano de Cusco” aparece de nuevo la afición del autor por el fútbol, al anotar recuerdos de un juego por la Copa Nissan Suramericana en el que

Orrego es espectador del disputado encuentro futbolero y de las manifestaciones culturales que los cusqueños desnudan en las tribunas. “En la carretera” encontramos los pormenores del viaje a las históricas ruinas de la ciudad sagrada de los incas. Orrego describe el valle del río Urubamba encajonado entre desfiladeros y montañas blancas, antes de coronar en tren el “altar indio y universal de Machu Picchu” (pág. 116). El sobrecogimiento que le causa la primera visión de las legendarias ruinas marca el comienzo de “Machu Picchu”, antepenúltimo capítulo, donde ver Machu Picchu y después morir es consejo que da Orrego a los lectores de *Viaje al Perú* (pág. 118). “Vitcos”, uno de los muchos nombres con que se identifica a la ciudad sagrada, es el nombre del penúltimo capítulo del libro y en él los apuntes y datos se apoyan literariamente en *Muchas lunas en Machu Picchu*, novela de Enrique Rosas Paravicino sobre temas indígenas con símbolos y leyendas de astrónomos y sacerdotes que en tiempos milenarios pronosticaban el futuro con encumbradas observaciones que hacían desde las hoy terrazas turísticas del lugar, “ciudad de los vitcos” o ciudadela de ritos sagrados de los incas.

Concluye la obra con “Un vaso de leche”, capítulo en el que el autor cierra su periplo literario por el Perú, donde cuenta de su regreso en avión de Lima a Medellín. El final de este libro de viajes me parece literariamente accidentado, porque como lector esperaba encontrar una visión general de la visita a Cusco o un comentario

general de todo el viaje. Pero no se encuentran. “Vaso de leche” confirma que *Viaje al Perú* puede leerse de atrás hacia adelante, en reversa, subiendo o bajando. Cada capítulo es una historia aparte. Cada aparte es un relato propio. El epílogo del viaje se refiere a la emoción que siente Orrego por regresar a Medellín, en vuelo solitario, con un libro en la mano: *La casa de cartón*, de Martín Adán, y en la otra mano un vaso de leche para sumergirse en su lectura.

Hernán Galán Casanova

Mucha anécdota y pocas nueces

Historias al aire

JULIO E. SÁNCHEZ VANEGAS
Ediciones B, Grupo Z, Bogotá, 2012,
185 págs.

LOS LIBROS de historia de la radio y la televisión son escasos, y no solo en Colombia; la historia de los medios y de la comunicación es un campo que tiene pocos años y un desarrollo desigual en los diferentes países. Suelen ser más los anecdóticos que cuentan la vida de personas que han formado parte de estos medios y que consideran que esta narración tiene importancia para los lectores. Son un buen aporte para quienes investigan y que obtienen de estos textos información, fechas y nombres que, sometidos al proceso de elaboración historiográfica, terminan construyendo la historia de un medio, de un país o dando respuesta a preguntas sobre el papel de la comunicación en la vida social.

Así, cuando uno se encuentra con el libro de Julio E. Sánchez Vanegas, no puede menos que leerlo con expectativas toda vez que, por más de seis decenios, el autor ha formado parte del mundo de los medios en el país y ha protagonizado episodios de relevancia, en particular en la televisión del siglo pasado.

El libro cubre un periodo que va de los años cincuenta y la primera década de este siglo, en el cual Sánchez pasó por la radio, primero, luego por el cine y por la televisión.

